

BREVE HISTORIA CONTEMPORÁNEA  
DE LA ARGENTINA

TEZONTLE

LUIS ALBERTO ROMERO

BREVE HISTORIA  
CONTEMPORÁNEA  
DE LA ARGENTINA  
1916-2010

Nueva edición revisada y actualizada



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 1994  
Segunda edición ampliada, 2001  
Tercera edición revisada y actualizada, 2012

---

Luis Alberto Romero

Breve historia contemporánea de la Argentina : tercera edición revisada y actualizada . - 3a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2012.

432 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-557-924-2

1. Historia Argentina. I. Título.

CDD 982

---

Diseño de tapa: Juan Pablo Fernández

Foto de solapa: Rafael Calviño

D.R. © 2012, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-924-2

Comentarios y sugerencias:

editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

## Índice

<i>Prefacio a la tercera edición</i> .....	9
<i>Prefacio</i> .....	13
I. <i>1916</i> .....	17
II. <i>Los gobiernos radicales, 1916-1930</i> .....	43
III. <i>La restauración conservadora, 1930-1943</i> .....	77
IV. <i>El gobierno de Perón, 1943-1955</i> .....	111
V. <i>El empate, 1955-1966</i> .....	153
VI. <i>Dependencia o liberación, 1966-1976</i> .....	195
VII. <i>El Proceso, 1976-1983</i> .....	239
VIII. <i>El impulso y su freno, 1983-1989</i> .....	275
IX. <i>La gran transformación, 1989-1999</i> .....	305
X. <i>Crisis y reconstrucción, 1999-2005</i> .....	339
XI. <i>Una nueva oportunidad, 2005-2010</i> .....	369
<i>Epílogo</i> .....	403
<i>Bibliografía</i> .....	411
<i>Índice de nombres</i> .....	423
<i>Índice general</i> .....	429

## *Prefacio a la tercera edición*

CREO QUE una vez publicado, un libro debe ser para el autor un caso cerrado: vive su vida, es leído, envejece; lo más que se puede esperar es que lo haga con dignidad. Pero hay ocasiones –por cierto, felices– en que el autor debe seguir ligado a su libro, sumarle nuevos capítulos y asumir el riesgo de que se le transforme en una novela por entregas. En este caso, me impulsa a hacerlo su amplia utilización en cursos básicos, en los que estoy convencido de que la historia debe prolongarse hasta el presente inmediato.

Este libro se publicó inicialmente en 1994. Aunque concluía en 1989, incluyó un primer balance de la gran transformación de los años noventa. En 2000 agregué un capítulo sobre los años de Menem, sin modificar el resto. Por entonces se tradujo al inglés y al portugués, lo que aumentó los incentivos para volver a actualizarlo. Para esta tercera edición he agregado dos capítulos, uno centrado en la crisis de 2002 y los años inmediatamente anteriores y posteriores, y el otro en los años de apogeo de Néstor Kirchner, hasta su muerte en 2010.

Al agregar nuevos capítulos, se hacen más evidentes los problemas de la unidad de criterio. Los años pasan y la perspectiva del pasado cambia para todos. También para el historiador. Por eso además de agregar un par de capítulos nuevos, revisé todo lo posterior a 1976. Quizá debería haber reescrito todo el libro, pero superaba mis fuerzas. Los cambios fueron menores en el capítulo VII, sobre el Proceso, y en el VIII, dedicado a los años de Alfonsín. Fueron más sustanciales en el IX, sobre los años de Menem, que encontré un poco farragoso, excesivamente adjetivado y algo desenfo-

cado. Pese a que me propuse ser consecuente con el estilo sobrio, es posible que dentro de unos años encuentre esos problemas presentes en los nuevos capítulos de esta edición. Creo que es inevitable, cuando se trata algo muy próximo. Al mirar esta época reciente, confieso que me falta la ternura y la condescendencia que me inspiran los períodos pasados, incluidos ahora los años de Menem, y soy consciente de que ése estado de ánimo no ayuda a entenderlo.

También puedo mirar en perspectiva, y con algún distanciamiento, mi propio texto. Como puede advertirse en la Introducción a la primera edición, de 1994, el texto está fuertemente marcado por los acontecimientos de 1983 y la experiencia democrática que por entonces se inició. El libro se articuló en torno al problema de la democracia y sus variantes. Por entonces creía que en 1983 el país había encontrado el rumbo político adecuado: democracia institucional, Estado de derecho, pluralismo, ciudadanía. En 2000, ya podía advertir cuánto se había alejado el país de aquel rumbo, pero confiaba en que lo retomaría. Hoy, en cambio, estoy convencido de que aquello fue una ilusión, una especie de paréntesis o de recreo, y que la vieja Argentina política ha renacido, ahora en condiciones sociales muy diferentes. De la construcción democrática de entonces sólo está plenamente vigente el sufragio. La empobrecida sociedad actual no es propicia para generar ciudadanos. El discurso democrático es hoy uno entre varios, y los discursos dominantes están casi en las antípodas. Hasta los principios de los derechos humanos, piedra fundamental de aquel experimento democrático, han sido reformulados en sentidos diferentes.

En mi perspectiva actual, a mediados de la década de 1970 la Argentina inició una gran transformación, y los problemas de la democracia son insuficientes para explicarla. Creo que en el centro de ese proceso, en el que aún vivimos, se encuentra el Estado. Las modificaciones que introduje en el texto ya escrito se proponen subrayarlo. Antes de los años setenta la Argentina tuvo un Estado potente aunque colonizado por los intereses que lo explotaban. Desde entonces, los sucesivos gobiernos –salvo el de Alfonsín, que al respecto fue neutro– se han dedicado a desarmar el Estado, inutilizar sus agencias e instrumentos de control, y dejarlo inerte en manos de los gobiernos. En este aspecto, cada gobierno le ha impreso a su acción un sentido diferente, pero he tratado de señalar llamadas

continuidades entre la política de Videla y Martínez de Hoz y la de Menem y Cavallo.

También percibo una continuidad, más profunda, entre los años de Menem y los de Kirchner. Ambos encontraron la forma de manejarse con un Estado débil. Ambos hallaron también la fórmula para extraer de una sociedad empobrecida los sufragios necesarios para legitimar su poder. En ese sentido, creo que puede hablarse de un “segundo peronismo”, comparable por su duración y carácter sistemático con el de 1945-1955. Este segundo peronismo se construyó desde 1983, alcanzó el poder en 1989 y mantiene su vigencia hasta hoy.

Quiero subrayar un cambio menor pero completamente deliberado. En la versión original de este libro, inicié el capítulo dedicado a la última dictadura militar con un acápite que titulé “El genocidio”. El uso de tal denominación correspondía a la visión del problema que tenía en 1994. Más tarde aprendí que la calificación era impropia –no había una cuestión de raza o etnia–, y que además oscurecía la naturaleza política de la represión. De modo que lo modifiqué por “El Estado terrorista”.

En la primera edición de este libro agradecí la revisión hecha por dos colegas, Juan Carlos Korol y Ricardo Sidicaro. En la segunda edición, agregué a Aníbal Viguera, que me ayudó a orientarme en los por entonces enmarañados años noventa. En esta ocasión extendiendo el agradecimiento a dos lectores tan cuidadosos como estrictos: Mario Gruskoin y Gabriel Palumbo. También a mi hija Ana, ya historiadora, que durante varios años fue señalándome aciertos e imperfecciones y, quizá sin proponérselo, me alentó a mantener este texto ligado al presente.

30 de marzo de 2012

## *Prefacio*

EN ESTA EXPOSICIÓN sintética de la historia de la Argentina en el siglo xx, no me he propuesto –como suele ser común en este tipo de libros– ni probar una tesis ni tampoco encontrar aquella causa única y eficiente de un destino nacional singular y poco afortunado; sólo se trata de reconstruir la historia, compleja, contradictoria e irreductible, de una sociedad que sin duda conoció épocas más brillantes, que se encuentra hoy en uno de los puntos más bajos de su decurso, pero cuyo futuro no está –confío– definitivamente cerrado. Las cuestiones en torno a las cuales este texto se organiza –preguntas nacidas de nuestra experiencia, angustiada y desconcertada– son sólo algunas de las muchas posibles, y su explicitación da cuenta del voluntario acotamiento que un intento de este tipo requiere.

El primer interrogante se refiere al lugar que hoy existe en el mundo para la Argentina –que tan seguramente se ubicó en él hace sólo cien años– y a la organización económica factible para asegurar a nuestra sociedad algunas metas mínimas como un cierto bienestar general, un progreso razonable, una cierta racionalidad. Una pregunta similar se hicieron Alberdi, Sarmiento y quienes hace casi un siglo y medio trazaron el diseño de la Argentina moderna. Pero, a diferencia de las circunstancias en que nuestros padres fundadores la formularon, la respuesta no es hoy ni obvia ni evidente. La misma pregunta se enuncia desde una perspectiva más modesta y a la vez mucho menos ilusionada que hace ciento cincuenta años, pues hoy un *aurea mediocritas* nos parece un destino más que apetecible.

El segundo interrogante se refiere a las características, las funciones y los instrumentos que debe tener el Estado para garantizar lo público, regular y racionalizar la economía, asegurar la justicia y mejorar la equidad en la sociedad. Nuevamente, la pregunta traduce, en un plano mucho más modesto, cuestiones que nuestra sociedad discutió y resolvió de una cierta manera, hace quizá medio siglo, proponiendo soluciones que hoy están agotadas o que han sido deliberadamente descartadas, pero sin que otras las hayan reemplazado.

El tercer interrogante se refiere al mundo de la cultura y a los intelectuales, y a las condiciones que pueden estimular la existencia de una creación y un pensamiento que sean a la vez críticos, rigurosos y comprometidos, y que cumplan una tarea útil y aprovechable para la sociedad, explicando la realidad y proponiendo alternativas. Así ocurrió en la Argentina del Centenario, en la efímera experiencia de la década de 1960 o en la más breve aún del ilusionado retorno a la democracia, lo suficientemente cercanas como para recordarnos que tal conjunción no suele ser ni natural ni fácil.

Todo ello confluye en las dos cuestiones más angustiantes, aquellas en las que más se advierte que nuestro país está hoy en una encrucijada: la de la sociedad y la de la democracia. ¿Qué posibilidades hay de salvar o reconstruir una sociedad abierta y móvil, no segmentada en mundos aislados, relativamente igualitaria y con oportunidades para todos, fundada en la competitividad pero también en la solidaridad y la justicia? Todo ello constituyó el legado, hoy mejor apreciado que nunca, que se fue construyendo a lo largo del último siglo y medio, y cuyo impulso perdura hasta un momento no demasiado lejano, ubicado quizá veinte años atrás, cuando la tendencia comenzó a quebrarse y a invertir su sentido.

Sobre todo: ¿qué características debe tener el sistema político para asegurar la democracia, y hacer de ella una práctica con algún sentido social? En este caso, el pasado se nos muestra rico en conflictos, pero no es fácil contabilizar en él demasiados logros, ni siquiera en las épocas de vigencia formal de la democracia, en las que pueden percibirse, *in nuce*, las prácticas que llevaron a la destrucción de un sistema institucional nunca del todo maduro, cuya construcción se nos aparece como la tarea de Sísifo. Quizá por eso, el último interrogante es hoy el primero: cuál es el destino de nuestro sistema republicano y de la tradición que lo alimenta. Volvemos

aquí a Sarmiento y a Alberdi, a una tarea que un poco ingenuamente considerábamos realizada y cuyos frutos hoy parecen frágiles y vulnerables.

Un libro guiado por tales preguntas es a la vez un trabajo de historiador profesional y una reflexión personal sobre el presente. No podría ser de otro modo: todo intento de reconstrucción histórica parte de las necesidades, las dudas y los interrogantes del presente, procurando que el rigor profesional equilibre la labilidad de la opinión, pero sabiendo que habitualmente la ecuación se desbalancea hacia este último extremo cuanto más cercano está el tema a la experiencia de quien lo trata. En verdad, escribir este texto me ha llevado, en buena parte, a alejarme de un estilo de trabajo más habitual y a sumergirme en mi propia historia y en mi experiencia de un pasado aún vivo.

Tuve una primera comprobación de esto al intentar aprovechar los materiales usados hace veinte años –cuando, trabajando con Alejandro Rofman, esboqué un esquema de la historia argentina–, y descubrir que poco de ello me era útil hoy. Las preguntas de entonces apuntaban a explicar las raíces de la dependencia y sus efectos en las deformaciones de la economía y de la sociedad. Las cuestiones relativas a la democracia y a la república no nos parecían relevantes y, en general, la política aparecía apenas como un reflejo de aquellas condiciones estructurales o, por el contrario, como el lugar no condicionado donde, con voluntad y poder, tales condiciones podrían ser cambiadas, pues en la conciencia colectiva de entonces la percepción de la dependencia se complementaba con la búsqueda de algún tipo de liberación.

Se trata, me parece, de un buen ejemplo de lo que es un tópico de nuestro oficio: la conciencia histórica guía el saber histórico; éste puede controlarla, someterla a la prueba del rigor, pero no ignorarla. En períodos anteriores, probablemente el eje de una reconstrucción histórica de este tipo habría sido puesto en la justicia social y la independencia económica; más atrás aún, en el progreso y en la modernización social, o aun en la constitución del Estado y la nación. Ciertamente, esas perspectivas no desaparecen para el historiador, y están incorporadas a este relato como lo que en sus tiempos fueron: aspiraciones, ideologías o utopías movilizadoras. Los problemas a que se referían están también presentes en las preguntas de

hoy, pero el orden, los encadenamientos y los acentos son diferentes, como lo atestiguan las preguntas que organizan este texto, pues el mundo en que vivimos, cuyos rasgos definitivos apenas vislumbramos, es radicalmente distinto no sólo del de hace cien o cincuenta años, sino del de apenas veinte años atrás.

Suele decirse que quien escribe piensa implícita o explícitamente en un lector. Empecé a escribir este texto pensando en mis colegas, pero progresivamente me di cuenta de que mi lector implícito eran mis hijos, y los de su edad, adolescentes y niños: los que casi no tienen noticias de nuestro pasado reciente, ni siquiera de los horrores más cercanos, pues nuestra sociedad cada vez cuida menos de su memoria, quizá porque hoy padece de una gran dificultad para proyectarse hacia el futuro. En varias partes del texto quise tan sólo dejar un testimonio, quizás académicamente redundante pero cívicamente necesario, pues sigo convencido de que sólo la conciencia del pasado permite construir el futuro. En tiempos en que al pesimismo de la razón se suma también el del corazón, quiero seguir creyendo en la capacidad de los hombres para realizar su historia, hacerse cargo de sus circunstancias y construir una sociedad mejor.

Agradezco a Alejandro Katz su confianza en que pudiera escribir este libro. A Juan Carlos Korol y Ricardo Sidicaro, su lectura atenta y sus observaciones; sólo lamento no haber sabido aprovechar sus sugerencias en todos los casos.

Cuando empecé a trabajar en este texto, le pedí a Leandro Gutiérrez que cumpliera esa función de lector crítico, y me prometía, como era habitual entre nosotros, un diálogo poco complaciente y muy fecundo. Siento que no haya podido ser así, pero estoy seguro de que mucho de su espíritu, agudo, hasta ácido, pero enormemente cálido, está presente en estas páginas, pues con nadie como con él –salvo con mi padre– he aprendido tanto de la historia.

15 de octubre de 1993

## I. 1916

EL 12 DE OCTUBRE DE 1916, Hipólito Yrigoyen asumió la presidencia de la Argentina. Fue una jornada excepcional: una multitud ocupó la Plaza del Congreso y las calles adyacentes, vitoreando a quien por primera vez había sido elegido por el voto universal, secreto y obligatorio, según la nueva ley electoral, sancionada en 1912 por iniciativa del presidente Sáenz Peña. Luego de la ceremonia, la muchedumbre desató los caballos de la carroza presidencial y la arrastró en triunfo hasta la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo.

Su victoria, si no abrumadora, había sido clara, e indicaba una voluntad ciudadana mayoritaria. Visto desde la perspectiva predominante por entonces, la plena vigencia de la Constitución, médula del programa de la Unión Cívica Radical (UCR), el partido triunfante, se coronaba con un régimen electoral democrático, que colocaba al país a la vanguardia de las experiencias de ese tipo en el mundo. La reforma política pacífica, que llegaba a tan feliz término, se sustentaba en la profunda transformación de la economía y la sociedad. A lo largo de cuatro décadas, y aprovechando una asociación con Gran Bretaña que era vista como mutuamente beneficiosa, el país había crecido de modo espectacular, multiplicando su riqueza. Los inmigrantes, atraídos para esa transformación, fueron integrados con éxito en una sociedad abierta, que ofreció abundantes oportunidades para todos, y si bien no faltaron las tensiones y los enfrentamientos, éstos fueron finalmente asimilados y el consenso predominó sobre la contestación. La decisión de Yrigoyen de modificar la tradicional actitud represora del Estado, utilizando su